

Lo que sea de cada quien

Un libro más para José Luis Martínez

Vicente Leñero

Cuando en 1994 El Milagro me ofreció publicar en sus bellas ediciones *La noche de Hernán Cortés*, a Tolita Figueroa se le ocurrió pedir un prólogo —que iría antes de un generoso ensayo de Luis de Tavira— a quien ha sido el más inteligente y acucioso biógrafo del conquistador de México: José Luis Martínez. Me encantó la idea.

—Me sentiría honrado si él llegara a aceptar —dije a Tolita porque dudaba de que José Luis tuviera interés en sumergirse en esa versión onírica de un Cortés que en pleno deterioro intenta recordar los episodios centrales de su vida.

Yo mismo envié a José Luis Martínez el original de la obra —escenificada dos años atrás por Tavira—, y no sólo la leyó prontamente sino que escribió un breve preliminar.

Se advierte en su texto que no le gustó, de plano. Dice que su lectura *me provocó cierta confusión* al ver en Cortés *un hombre alocado, caprichoso, cogelón, cuya única acción relativamente heroica es el derrocamiento de los ídolos en el templo de Cempoala... Un Cortés que echa madres, se acuesta con Catalina y con la Malinche en escena y muere asaeteado por los indios y alanzado por la Malinche*. Al final de su texto, sin embargo, José Luis me ofreció una elegante exculpación: *Todo esto me hace darme cuenta de que mi visión de Hernán Cortés, tan apegada a los documentos, resulte un poco tiesa, como creo que era su modelo. Vicente Leñero, con la libertad del creador, propone otra posibilidad*.

Lamenté la ligereza del comentario de José Luis precisamente por eso, insisto: porque provenía de quien más sabe del controvertido personaje. Lo estudió a profundidad, y en su biblioteca de sesenta mil volúmenes atesoraba valiosos



José Luis Martínez

documentos de la Conquista y todos los libros que se han escrito sobre Cortés.

Casi todos.

En los días en que preparaba la obra de teatro, encontré en una librería de viejo de Donceles un volumen antiguo, de 1883, empastado en piel granate. Era la novela histórica *Doña Marina* escrita por Ireneo Paz, el abuelo de Octavio. Aunque la novela resultó malucha —la leí a trancos—, representaba de cualquier modo una buena adquisición para mi modesto acervo de libros sobre la Conquista.

Años después, cuando encontré a José Luis Martínez en un coctel, platicando platicando le referí mi viejo hallazgo.

—Sí —me dijo, erudito—, es la continuación de *Amor y suplicio*, de la serie de leyendas históricas de Ireneo.

—Tú tienes la obra, por supuesto.

—Fíjate que no.

—No lo puedo creer, José Luis. ¿No dicen que en tu biblioteca no falta nada sobre Cortés?

—Algunos libros se me escapan, para que veas.

—¿De verdad no lo tienes?

—De verdad no.

—Entonces cuenta con él, te lo voy a

regalar.

Le brillaron los ojos a José Luis Martínez.

—Te lo agradeceré muchísimo —dijo.

Al regresar a mi casa rescaté a *Doña Marina* de los entrepaños y me puse a revisar el libro con la avidez de un coleccionista. Sí, era una edición apreciable. Tenía grabados. Buen papel. El propio Ireneo la había impreso en su editora particular.

La maldita tentación me bulló por dentro. Empecé a reflexionar: José Luis Martínez ya está viejo, se ve enfermo, se va a morir pronto y ese libro se va a quedar ahí escondido entre tantos en una biblioteca que sabe Dios a dónde irá a parar, él no se va a acordar de mi ofrecimiento, a lo mejor ni le importa.

—¡No lo puedo creer, Vicente, no lo puedo creer! —se exaltó Julio Scherer. Comíamos en el San Ángel Inn. Acababa de contarle la anécdota y la conclusión de mis cavilaciones.

—¿Qué no puedes creer?

—Que le hayas prometido regalarle el libro y ahora te rajes.

—Se va a morir pronto —repetí.

—A lo mejor tú te mueres primero.

—Seguro que ni se acuerda.

—Claro que se acuerda. Para ti es un libro más, para él es un tesoro.

—No es para tanto.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero si le hiciste una promesa...

Julio Scherer terminó convenciéndome. Al día siguiente, en un sobre de papel manila, envié a José Luis Martínez el mentado libro de Ireneo Paz.

José Luis Martínez murió el 19 de marzo de 2007. El gobierno mexicano compró su biblioteca de sesenta mil volúmenes y anunció que la montaría en el Palacio Nacional, adonde quizá nadie tenga